

CAPÍTULO XVII

Llegan los españoles á territorio tlaxcalteca.—Son acogidos hospitalariamente.—Los jefes de la república salen de la capital para recibir á Hernan Cortés.—Lealtad de los tlaxcaltecas.—Hernan Cortés marcha á la ciudad de Tlaxcala donde es recibido con entusiasmo.—El emperador de Méjico propone al Senado de Tlaxcala alianza ventajosa, si la república combate á los españoles.—Se reúne el Senado á tratar la cuestion.—El senador Maxixca pide que se deseche la proposicion: el jóven Jicotencatl opina lo contrario.—Los senadores arrojan del salon al jóven Jicotencatl por manifestarse contrario á los españoles, le destituyen del mando del ejército y de sus honores y le ponen preso.—Se desecha la proposicion del emperador de Méjico.—Hernan Cortés suplica al Senado que le devuelvan el mando y los honores al jóven Jicotencatl.—Parte del ejército español hace un requerimiento á Cortés para volver á la Villa-Rica.—Cortés logra persuadirles á permanecer en Tlaxcala.

1520.
Julio 15.

Al asomar por el Oriente la luz del astro rey, las tropas españolas y tlaxcaltecas se formaron para continuar la marcha.

Los escuadrones mejicanos habian desaparecido desde la batalla del dia anterior, y el paso se encontraba libre de contrarios. Unicamente se veian á lo lejos algunas ligeras

partidas de guerreros que no manifestaban intencion de aproximarse.

Era en las primeras horas de la mañana del 15, cuando el ejército aliado se puso en camino. Muchas y grandes poblaciones empezaron á encontrar á su paso; pero de todas se habian alejado sus habitantes, llevándose los víveres y el humilde ajuar de sus hogares.

El terreno por donde la tropa marchaba era llano, y conducia rectamente á la república de Tlaxcala.

Dentro de breves horas se encontrarían fuera del territorio mejicano y en país amigo.

Nada parecia que pudiese impedir la marcha. El ejército azteca no se descubria por ninguna parte, y los grupos de guerreros que aparecian en las alturas, continuaban manteniéndose siempre á respetuosa distancia, contentándose con arrojar algunas flechas y lanzar prolongados alaridos.

Los soldados tlaxcaltecas caminaban henchidos de júbilo. Se hallaban, por decirlo así, á las puertas de su casa, donde les esperaban los seres queridos del corazon.

Los españoles, aunque contentos tambien, dudaban si serian bien recibidos, y este pensamiento les sobresaltaba. Sin embargo, el afan por llegar era indecible. Pronto se dejó ver, á lo lejos, la gran muralla que señalaba el notable baluarte que defendia la entrada al territorio de la república. Al descubrirla, los tlaxcaltecas prorumpieron en gritos de alegría, saludando con entusiasmo la querida tierra en que habian nacido.

Hernan Cortés y su gente experimentaron el mismo placer; pero á medida que se aproximaban, crecia en ellos el temor de encontrar hostilidad, donde habian esperado

hospitalidad. En aquellos momentos, el caudillo español no desmintió su ánimo extraordinario, ni su prudencia, ni su valor. Midió sus fuerzas, meditó en los obstáculos con que tendria que luchar si la república se declaraba su enemiga, y lleno de fé en su empresa, se dispuso á dar frente á todas las eventualidades.

Previsor no menos que animoso, se acercó á sus soldados para indicarles la conducta que debian observar al verse entre sus antiguos amigos. «Somos, les dijo, muy pocos, y carecemos de armas de fuego y de municiones. Pocos son los que están sanos y no cuentan con varias heridas recibidas en los combates. Debemos á los tlaxcaltecas notables favores, y justo es que tratemos de pagárselos, observando con ellos una conducta noble y leal. Evitad, por lo mismo, el causarles el mas leve disgusto. Tengo fé en que Dios hará que los encontremos amigos; pero si así no fuese, nos hallarán fuertes en los combates y les haremos sentir el filo de nuestras espadas, abriéndonos paso por en medio de ellos. Marchemos, pues, apercebidos, que nunca la prevision fué dañosa» (1).

(1) «Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos... y no teniamos pólvora y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos con las vidas, por lo cual siempre le hemós de dar muchas gracias y loores...; y que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase alguna cosa; y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras, como nosotros; y mas dijo, que tenia esperanza en Dios que los halláramos buenos y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

Los soldados se propusieron seguir fielmente las acertadas advertencias de su general, pues comprendían que únicamente observándolas podían salir bien de la crítica situación en que se encontraban. No eran ya más que cuatrocientos cuarenta hombres, heridos y enfermos la mayor parte, y era preciso que en el orden y la disciplina encontrasen la fuerza (1).

Luchando entre la duda y la esperanza, pero alentados siempre por las palabras de su general, llegaron á una ladera, donde se encontraba un abundante manantial de agua cristalina. A distancia de pocas varas se levantaba la alta y gruesa muralla que marcaba los términos de la república de Tlaxcala. Se hallaban ya fuera del territorio mejicano. Nada tenían que temer de los ejércitos aztecas. Los españoles, sedientos y fatigados, se detuvieron en aquel delicioso manantial, á uno de cuyos lados se veía una hermosa arboleda que brindaba benéfica sombra á la cansada tropa. Los soldados, después de haber calmado la devoradora sed y de tomar un mezquino alimento, que consistía en un poco de maíz y algunas frutas silvestres que habían encontrado, se lavaron para quitarse el polvo que cubría sus rostros y sus piés, entregándose, en seguida, al descanso.

Emprendida de nuevo la marcha, pronto pasaron la sólida muralla y penetraron en el territorio de Tlaxcala. Los guerreros tlaxcaltecas se entregaron á las manifestaciones

(1) «Que no quedábamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos.»—Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

del más profundo contento, al pisar el suelo patrio, y los españoles levantaron las manos al cielo, dando gracias al Sér Supremo porque les había salvado de los inminentes peligros en que pensaron perder la vida.

Henchidos de alegría los primeros, y sintiendo los segundos esa mezcla extraña de placer y de temor, nacida de la duda, llegaron á Huejotlipan, población importante de veinte mil almas, que contaba con buenos y espaciosos edificios (1). Los habitantes, al ver llegar á los hombres blancos, salieron á recibirles á las puertas de la ciudad, manifestándoles su aprecio y simpatía. Alojados en uno de los edificios más espaciosos, los habitantes les proporcionaron los víveres necesarios, unos desinteresadamente, y otros solicitando por ello algunas piezas de oro que los españoles daban con gusto, puesto que no habían guardado las joyas sino para proporcionarse con ellas lo necesario á la vida (2). La buena acogida y las atenciones de los nativos desvaneció todo temor en los castellanos. La lealtad y la buena fé se revelaban en todas las acciones de los habitantes, y la confianza sucedió al recelo y á la duda.

Hernán Cortés, viendo que de nada carecía en aquella animada población, y conociendo que era preciso dar á sus

(1) Hernán Cortés llama á esta población Gualipan; Bernal Díaz, Gualipar, y Solís, Gualipar.

(2) «Aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros, y aunque no querían otro sino oro». (Seg. carta de Cortés.) «Nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piececitas de oro y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde.»—Bernal Díaz. *Historia de la Conquista*.

soldados algun reposo, se detuvo tres dias en ella. Activo y cuidadoso, hizo que se tuviese especial cuidado en curar á los heridos y enfermos; examinó el estado que guardaban las armas; recomendó mucho el buen alimento de los caballos, y vigilaba, por sí mismo, de todo lo que al ejército pertenecía.

La noticia de su llegada á Huejotlipan se supo bien pronto en la capital de la república, que solo distaba cuatro leguas de la mencionada poblacion. Al escucharla, se pusieron inmediatamente en camino los jefes de la república y se dirigieron á dar la bienvenida á Cortés, acompañados de la principal nobleza de Tlaxcala y de Huexotzinco.

La nueva de que se acercaban los cuatro jefes de la república, con el brillante séquito de personajes distinguidos, con objeto de cumplimentar al caudillo español, circuló con la velocidad del rayo por toda la ciudad. La noticia no podia ser mas satisfactoria para los cristianos. La cordial visita del Senado tlaxcalteca y de los señores de Huexotzinco era una prueba evidente de la amistad que les consagraba el país. Los temores desaparecieron del todo, y la esperanza y la alegría inundó el corazón del soldado.

Hernan Cortés salio á la puerta de su alojamiento á recibir á los nobles gobernantes del país. De todos era amigo: de todos habia recibido pruebas sinceras del distinguido aprecio. Le acompañaban sus capitanes y los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina. Al lado de ésta se encontraba la hermosa hija del ciego Jicotencatl, que el noble anciano habia dado por mujer á Pedro de Alvarado,

tomando en el bautismo el nombre de Luisa. La agradable jóven, que habia sido salvada por la escolta tlaxcalteca en la Noche Triste, en union de Marina, anhelaba con ansia la llegada de su amado padre.

El primero que bajó de sus ricas andas fué el anciano Maxixca, que siempre se manifestó adicto á los españoles, y despues el ciego Jicotencatl, que profesaba un cariño sin límites al general castellano. Despues de abrazarse cordialmente y de dirigirse las palabras mas afectuosas, el noble Maxixca buscó con la vista, entre los oficiales españoles, á Juan Velazquez de Leon. Le profesaba singular aprecio y le habia dado una hija, que tomó el nombre de Elvira, al hacerse cristiana, la cual perdió la vida en la desastrosa retirada de la Noche Triste. No descubriéndole, preguntó por él. Hernan Cortés le contestó que habia perecido, y se vió precisado á darle la funesta noticia de la muerte de su hija. El desventurado padre se echó en los brazos del general español, vertiendo un raudal de lágrimas. Habia perdido, de un golpe, al sér mas querido de su corazón y á un amigo. Haciendo luego un esfuerzo supremo, dejó de ocuparse de sus penas y trató de poner remedio á las desgracias sufridas por Cortés.

El caudillo castellano, profundamente conmovido y admirando la entereza del noble tlaxcalteca, suplicó al Senado y á su selecta comitiva que pasasen á la sala para tratar detenidamente los asuntos que juzgasen importantes. Los soldados españoles, llenos de alegría y ávidos de escuchar las palabras que dirigiesen al general, se agolparon á las puertas del salon.

Los cuatro jefes de la república tomaron asiento, y la

nobleza permaneció en pié, figurando al frente de ella el jóven general Jicotencatl, hijo del ciego senador.

El anciano Maxixca fué el que tomó la palabra en nombre de todos sus compañeros. Reprimiendo con fuerza heroica sus afectos de padre, se ocupó únicamente del sentimiento caballeroso y de lealtad que animaba al pueblo tlaxcalteca, y muy especialmente á sus gobernantes, en favor de los hombres blancos, á quienes habian ofrecido amistad constante. Expresó al general español, con sentidas frases, la profunda pena que les causaba las desgracias que habia sufrido en el imperio azteca. Le dijo, que antes de emprender la marcha á Méjico, le habian anunciado los males que le sobrevendrian si, confiando en las palabras de los mejicanos, entraba en la capital. «Varias veces, añadió, os aconsejamos que no partiéseis; pero ya que el mal ha sucedido, y gracias á vuestro heroico valor habeis logrado volver con vida, descansad tranquilo hasta el momento de tomar venganza. Nosotros, exclamó el noble tlaxcalteca con acento solemne, que nos hemos declarado amigos vuestros y que hemos unido nuestra suerte á la vuestra, os ayudaremos á reparar el mal sufrido hasta lograrlo ó morir en la demanda. A ello nos obliga nuestra lealtad, el haber reconocido por soberano á vuestro rey y el deseo de vengar la muerte de nuestros compatriotas que han combatido á vuestro lado. Nada habrá que nos haga cambiar de resolucion; y tened por cierto, que seremos vuestros amigos hasta la muerte» (1). El anciano senador

(1) «Pues que yo habia escapado vivo, que me alegrase; que ellos me ayudarian hasta morir para satisfacerme del daño que aquellos me habian hecho;

terminó diciendo á Cortés que pasase con su gente á la capital, donde serian atendidos esmeradamente y curados los enfermos y los heridos.

La sincera protesta de lealtad pronunciada por Maxixca, en nombre del Senado y de la nobleza, llenó de confianza el corazon del caudillo español. Las dudas que le habian asaltado al penetrar en el territorio tlaxcalteca, desaparecieron en aquel instante. Contaba con la fuerza de la poderosa rival del imperio azteca. La estrella de su fortuna volvía á brillar con mas limpio esplendor, libre de la nube que por un momento se habia interpuesto procurando eclipsarla.

Agradecido á las promesas de los nobles jefes de la república, les manifestó su profunda gratitud, y aceptando la oferta de pasar á la capital, se dispuso inmediatamente para marchar en compañía de ellos. Cuando se preparaban á salir del alojamiento para esperarle en uno de los palacios próximos, Hernan Cortés regaló á los jefes de la república y á los principales que les acompañaban, varias joyas de oro y piedras preciosas, de las que habia logrado salvar, presentándoselas como prueba de su sincera amistad. El noble Maxixca y el anciano Jicotencatl volvieron á abrazarle afectuosamente y salieron para esperar el momento de la marcha, sintiendo hácia el caudillo español y sus sol-

porque, demás de les obligar á ello el ser vasallos de V. A., se dolian de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habian muerto, y de otras muchas injurias que los tiempos pasados dellos habian recibido; y que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte.»—Segunda carta de Cortés.